



**José-María Poveda**

**EL MUNDO DE MIKO**

© 2021, José-María Poveda  
© 2021, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Enero de 2021  
Segunda edición: Mayo de 2024

ISBN: 978-84-121496-7-8  
Depósito Legal: M-31071-2020  
Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*A Ana, que con su intuición supo encender la  
chispa y con su impulso hizo germinar la idea*

## CAPÍTULO 1 MINUTO CERO

—¡Mamá, no quiero ir al colegio!

Miko miró por encima de la sábana que le tapaba, y oteó el día a través de los visillos blancos que ondeaban ante su ventana abierta.

Obviamente, era ya tarde.

Hacía un día maravilloso, ya bastante amanecido, uno de esos días de septiembre en los que el verano todavía se resiste a marcharse. Como un niño pequeño que se siente mayor y que, a medida que ve que le hacen caso, se va viniendo arriba, hasta que llega el mediodía y saca todo su calor a pasear. Era un otoño recién nacido que se siente un poco verano adolescente.

Iba a hacer calor hoy, como ayer también. Y cuando hace calor, lo que apetece es pasarlo en la piscina, no en el colegio.

–Me acuerdo de un chiste de un niño que no quería ir al colegio...–empezó mamá desde el pasillo.

–¡Horror! ¡No! ¡Un chiste de mamá!

De un salto, Miko se precipitó al suelo como un poseso de los videojuegos sobre su tablet.

¡Un chiste de mamá!

Que peligro, pensó Miko, cuando mamá se pone a contar chistes, ocurren dos cosas:

Una, que no para, porque uno le recuerda al siguiente, con la coletilla de: “ese es como aquel otro...”.

La segunda cosa que pasa... es que no pasa nada. Nadie se ríe.

Bueno, sí, nosotros nos reímos, pero más por cariño que porque nos hagan gracia.

A ver, tampoco son malos los chistes, lo que pasa es que son siempre los mismos. Y el del chico

que no se quiere levantar ya me lo sé. Esta es la versión cuarenta y seis punto cero.

–Sí, hombre, el del que no se quería levantar y decía: “Mamá, que no quiero ir al colegio”, a lo que ella contesta “Tienes que ir por tres razones” ...

–Uff... demasiado tarde... (la próxima vez me levanto a la primera, ya no hay nada que hacer).

–La primera razón, porque es tu deber. La segunda, porque tienes cincuenta y cuatro años. Y la tercera, porque eres el director del colegio.

–Buenísimo. Muy gracioso, el chiste.

La imagen de Miko por el pasillo era todo un poema, pero de esos en los que los versos no riman unos con otros.

Un poema malo, vamos.

El pantalón del pijama lo tenía torcido, y le hacía unas arrugas en modo de espiral que le hacían parecer una especie de peonza. Las perneras del pantalón estaban desiguales, porque la derecha se le había subido y se le había quedado arremangada en la rodilla. La camiseta, por el contrario, estaba bastante bien, si no fuera por el pequeño detalle de que no se trataba de la camiseta del pijama, sino del polo del colegio. Claro, en el fragor de la

batalla contra el sueño a altas horas de la madrugada (las nueve de la noche) es difícil distinguir un polo de otro. Ahora, lo importante era concentrarse para no ir con la camiseta del pijama al colegio.

Una vez consiguió coronar la cima del cuarto de baño, Miko se aseguró de que el rostro que le miraba con un ojo abierto y el otro cerrado por un pegote de legañas era realmente él, Miko, el único, el auténtico.

Durante cinco minutos se apresuró a buscar un cepillo de dientes, que untó con un poquito de dentífrico. Un poquito nada más, decía siempre mamá, en los anuncios ponen mucha pasta para que gastes más.

Como un buen chico, Miko obedeció y puso solo un poquito... del jabón de afeitar de su padre que cogió de aquel tubo que tanto se parecía al de la pasta de dientes.

Esto os da una idea del estado de inconsciencia en que se encontraba Miko, no porque hubiera cogido el jabón de afeitar de papá, sino... porque ni siquiera se dio cuenta.

Después de luchar denodadamente contra las medias madalenas que se le hundían en su leche

con cacao y que había que ir pescando a trozos con la cucharita, Miko salió de casa. Por suerte, aquel día no había que pensar en el horario, ni en los libros, ni en exámenes. Ni siquiera era necesario pensar. Era el primer día de curso, el primer día de su flamante cuarto de primaria, que, de sopetón, tomó un cariz mucho más amable cuando, ya en la calle, se encontró con Pacorro.

–Hola.

–Ah, hola.

Como si se hubieran despedido hace un ratito, cuando en realidad eran amigos inseparables que hacía dos meses y medio que no se veían. Pero eran hombretones hechos y derechos que, a sus ocho añazos, se sienten tan hombretones que les parece poco viril manifestar sus sentimientos, sobre todo si son de alegría.

Así fueron andando por la calle durante un rato. Los dos estaban contentísimos de encontrarse con sus amigos, pero ninguno era capaz de decirlo. Simplemente, iban el uno al lado del otro, encantados de no tener que ir solos al colegio y también felices de tener buenos amigos.

Tan feliz estaba Miko que no se dio cuenta que al lado de Pacorro iba otro chaval.

Bueno, al lado es demasiado decir. Más bien iba medio detrás, como escondiéndose de Miko o colgado de su cinturón como si Pacorro llevara un llavero.

–¿Quién es este chaval? –preguntó un poco por lo bajini.

–Es mi primo Josi. –dijo Pacorro.

–¿Jose?

–Josi, le llamamos Josi. Realmente se llama José Ignacio, pero todos le llaman Josi.

–Nunca había oído ese nombre. Suena raro –dijo Miko, espontáneamente.

–Pues más raro suena eso de “Mico” –dijo el llavero de Pacorro, que de pronto se puso a hablar–. Un mico es un mono pequeño.

–Caramba, chaval, se ve que la gracia no va de acuerdo con el tamaño. Mucha gracia para tan poco centímetro –le soltó Miko con una sonrisa sarcónica.

–¿Por qué te llaman Mico? –el llavero seguía insistiendo.

–Es Miko con k de kilo. Me llamo Miguel, pero mi madre es vasca y siempre me llamaba Mikel. Lo que pasa es que cuando era un bebé, mi padre me decía que era un mico, así que me quedé con Miko, pero con k de kilo.

–O sea, que tiene que ver con los micos.

–A ver, chaval, ¿tú a qué curso vas? –Miko intentó cambiar de tema.

–Voy a empezar primero de primaria, Miko con k de kilo –le espetó Josi.

–Pues prepárate, chaval. No te queda nada. Hasta que llegues a cuarto... –Miko resopló como cuando algo te parece muy fuerte.

A Miko le parecía que llevaba ya un siglo en el colegio, y que ya en cuarto de primaria podía considerarse un viejo veterano al que había que pedir consejo.

–Pues mucho cuidado con don Adolfo. No suele enfadarse salvo cuando le faltan el respeto a alguien. Eso no lo soporta. Y doña Martiña, no soporta que le hagas mala caligrafía. Así que ya puedes ponerte las pilas.

–No tengo pilas. Además, se llama doña Martina.

–Eso era antes, desde que se le puso el pelo gris y empezó a teñírsele de rojo le cambiamos el nombre para adaptarlo a su nuevo look.

–O sea que doña Martiña. Ya.

–Y lo de ponerse las pilas es una forma de hablar, una frase hecha. No es literal.

–¿Lite qué?

–Déjalo, chaval, ya lo aprenderás en tercero. Hasta que llegues... significa que tienes que esforzarte mucho desde el principio, desde el minuto uno.

–Será desde el minuto cero.

–¿Por qué el minuto cero?

–A mí me han dicho que los números empiezan por el cero, luego uno, dos, tres...

–Ya, pero el primer minuto siempre es el minuto uno. Si un tío mete un gol a los treinta segundos, se dice que lo ha metido en el minuto uno, no en el minuto cero.

–Pues está mal dicho –espetó el llavero de Pacorro–, habría que decir minuto cero, que es el primero.

–¡Uff! –pensó Miko para sus adentros– Este va a ser un año realmente interesante con este mequetrefe tan divertido...

## CAPÍTULO 2 EL PATIO HA CRECIDO

Delante del pabellón de cuarto de primaria se agolpaban los alumnos con la impaciencia desgana del que se dispone a entrar en donde en realidad no quiere entrar. Incomprensiblemente para Miko, todos estaban junto a la entrada, empujando y protestando cuando alguien se adelantaba.

–¡No te cueles, caradura!

–Miko estaba un poco más retirado, apoyado en un pilar del porche, junto a Pacorro.

–Hay que ver las ganas que tienen de entrar, Pacorro. ¿Tú lo entiendes?

–Es que es verdad que se ha colado.

–Pero bueno, ¿qué mas da? –Miko se estaba empezando a quemar–. No entiendo tanta prisa por en-

trar. Como si lo fueran a prohibir o se fuera a acabar la sabiduría.

–Pues es verdad ...–admitió Pacorro.

Por fin llegó don Francisco a abrir la puerta del pabellón. Lo cierto es que todos le llamaban don Panchisco porque un año dijo:

–Buenos días, chicos, me llamo don Panchisco.

Realmente quiso decir Francisco, pero como ese año llevaba brackets, lo que salió se pareció más a Panchisco, así que se quedó con Panchisco para siempre.

En realidad, era buen tipo, pensaba Miko.

Le traía recuerdos de sus años tan lejanos de segundo de primaria... ¡Qué tiempos!

–El polo por dentro, chavales. El polo por dentro.

Es verdad, hay que llevar bien el uniforme.

El uniforme... la verdad es que no estaba tan mal lo del uniforme.

En el colegio te obligan a llevarlo bien, pero, al fin y al cabo, también en casa había que llevar bien la ropa. Y era un rollo esto de llevar bien la ropa.

¿Por qué el rojo no iba bien con el morado?

Miko tenía un polo rojo que ponía UNIVERSITY OF MICHIGAN. Era chulísimo. Se lo trajo la tía Tere de su viaje de novios el año pasado. También tenía un pantalón vaquero azul.

Bueno, antes era azul.

Antes de que la mala suerte llevara a dejarse dentro del pantalón el calcetín rojo de Santa Claus. A partir de aquel día, el pantalón pasó a ser morado, lo que tampoco estaba mal. Al fin y al cabo, el morado estaba de moda, decían. Pero, de repente, ya no se podía poner el polo rojo con el vaquero, que era su combinación preferida.

–No va, hijo. El morado no pega con el rojo ni con cola. ¿Es que no lo ves?

Pues no, Miko no lo veía.

Quedaba bien, estaba chulo, y, sobre todo, era supercómodo.

Pues eso. En el colegio no tenía esos dilemas. Todos los días su pantalón gris (mamá decía que era gris marengo, pero Miko pensaba que era más bien gris oscuro, y lo de marengo no sabía lo que quería decir) y el polo azul clarito. Punto. Sin dis-

cusiones. Eso era quitarse de problemas. Salvo el de llevarlo siempre por dentro.

Que sean así todos los problemas, pensaba Miko. Ese año, le habían dicho que las clases eran completamente nuevas, porque al pasar de tercero a cuarto, se mezclaban los grupos. De los tres profesores que le podían tocar, Miko prefería a don Pedro, porque decía la gente que gritaba poco. A veces se ponía serio, decían, pero era solo con los que se portaban mal, no con los demás. Y no castigaba sin recreo.

Desde luego, con quien no quería coincidir era con don Cefe (era don Ceferino, pero todos le llamaban don Cefe) porque decían que gritaba un montón.

Lo mismo que doña Maripá.

Era Mari Paz, pero como era andaluza, ella lo pronunciaba así y así se quedó. Maripá, que no hacía honor a su nombre, porque era de todo menos pacífica.

Eso es lo que decían los veteranos de quinto. Pero, por encima de todo, lo más importante es que le tocara con Pacorro.

–Tú ponte aquí a mi lado, Pacorro. Así nos toca juntos.

–Que no, hombre, que ya tienen las listas hechas

–dijo Pacorro, muy seguro de sí mismo.

–¿Qué dices? ¿Y por qué no las han publicado en la web?

–Claro que las tienen –explicó Pacorro–. No las publican para que no haya líos. Me lo ha dicho mi madre. Hace cuatro años, con mi hermano mayor, se montó un bollo porque unos padres se enteraron de las listas y querían cambiar a su hijo de clase, y montaron un cirio del doce.

–¿Un cirio?

–Un bollo, montaron un bollo.

–¿Por cambiarle de clase?–Miko no entendía nada.

–Sí, y publicaron las listas y todos querían cambiarse. Me dijo mi madre que desde entonces no se publican.

–Normal. Lo único que quiero es que nos toque juntos –dijo Miko muy convencido.

La voz de don Panchisco resonó desde la entrada:

–¡A ver, los de cuarto por aquí!

Otra vez los empujones. Miko intentó meterse en el meollo sin separarse de Pacorro, lo que no era empresa fácil.

–¡Sin empujar, chicos! –intentó terciar don Panchisco.

Desde el fondo del pasillo, cada uno de los profesores empezó a leer las listas de su clase. Habían pasado ya 4ºA y 4ºB, que habían leído don Cefe y doña Maripá, cuando de repente, don Panchisco se puso al frente y empezó a decir:

–¡A ver! Voy a leer la lista de 4ºC. Os vais poniendo por aquí y os venís conmigo.

–¡Don Panchisco! –la cara de Miko era todo un poema– ¿Pero este no estaba en segundo?

–Ni idea, tío. Luego nos enteramos. Igual nos toca con él y dicen que es muy estricto...

–¡Os calláis por ahí! –la sola mirada de bulldog de don Panchisco les hizo callar.

Miko se quedó de piedra.

Sí que empezamos bien. Ya me han llamado la atención.

Con lo poco que le gustaba que le riñeran. Miko oyó su nombre, y se adelantó entre sus compañeros para ponerse a la fila, con una mezcla entre el

escalofrío por la emoción y el alivio por saber por dónde le llevaba el destino. Ahora todo era cuestión de esperar a la "R" hasta que llegara Pacorro.

–¡Francisco Robles!

–¡Vamos! –gritó Miko en voz baja, cerrando el puño derecho con el brazo flexionado.

Aunque se llamaba Francisco Robles, todos le llamaban Pacorro, porque así unían el nombre con el apellido. La felicidad era completa. Pacorro y Miko estaban juntos. Ya nada podía salir mal.

4ºC.

Habría que acostumbrarse a eso de la letra C. Hasta ahora siempre había estado en el A, y para Miko, la A era símbolo de todo lo bueno.

El B eran los malos malotes.

Y el C eran los inútiles. Todos les ganaban al fútbol. Con el B no era lo mismo, los del B eran buenos, aunque siempre les ayudaba el árbitro y hacían mogollón de faltas. Por eso eran malos, brutos. La letra B tenía algo de bruto, bestia, basto...

En cambio, la A era algo bueno, con la A uno se podía identificar, la A era alegre y abierta, y siempre iba la primera en el abecedario. Ahora todo cambiaba.

La C (hasta ahora) sonaba a inútiles gafotas que mucho currar y mucha caligrafía y mucho comportamiento, pero a la hora de la verdad no le marcaban un gol al arcoíris. Ahora, nosotros somos la C. Se ve que habrá que acostumbrarse a que ahora el C es lo mejor de lo mejor, pensó Miko.

Mientras esperaba a que terminara la lista, elevó la vista al cartel de la clase. Era nuevo. O al menos, lo parecía. El año pasado, en tercero, no tenían carteles de clase tan bonitos. Este tenía el nombre de la clase y luego, abajo, una especie de línea gorda en tres colores.

Queda bien.

¿Serán los colores de una bandera? Ni idea.

¡Ah, no! Eran los colores del escudo del colegio. Mola.

Debajo de la línea estaba el nombre del profesor: Don Francisco José Fdez. Nogaleda G<sup>a</sup> del Valle.

–Mira qué raro, Pacorro. Don Panchisco se apellida Fdez. Hasta resulta difícil de leer. Fdez. Qué raro.

–Eso significa Fernández, hombre –Pacorro le miró sorprendido de que no lo supiera.

–¿Y lo de Ga del Valle? ¿Es gallego?

–Que no, tío, que no te coscas –Pacorro perdía la paciencia por momentos–. Es García, lo que pasa es que no cabe y lo abrevian. Fdez. es la forma corta de Fernández y G<sup>a</sup> la forma corta de García.

¿No lo habías visto nunca?

Miko sí que lo había visto en otras ocasiones. En los cartelitos del buzón de casa, pero nunca se había preguntado lo que significaba. Menos mal que tenía a Pacorro para preguntarle aquellas cosas, porque con otros compañeros no se atrevía por no quedar mal. Con Pacorro, sí. A Pacorro se le podía preguntar de todo.

Cuando se completó la lista, fueron entrando en el aula. Era muy chula, mucho más espaciosa que la del año pasado, y además tenía mucha luz. Los tres ventanales daban al patio interior, que se abría a un jardín custodiado por unos chopos altísimos que hacían tintinear sus hojas al viento de septiembre.

Hacía viento, pero también hacía sol, y las dos cosas quedaban muy bien juntas. Miko se dio la vuelta a la clase con la mirada y buscó un buen sitio para él y para Pacorro.

¿Quizá cerca de la pecera? ¿Dónde está la pecera?

—¡Tío, no hay pecera! ¡Qué rancio! —Miko estaba consternado.

El año pasado había pecera, que era el mejor sustituto de la televisión. Era de cristal y siempre pasaba algo, aunque fuera aburrido, como la televisión. Cuando uno se aburría, mirar la pecera era a veces más divertido que la pizarra.

Bueno, pues no hay pecera. ¿Dónde ponerse?

A lo mejor, junto a la ventana, allí, a media altura, ni muy lejos de la pizarra para poder ver bien, ni demasiado cerca, que si no el profe te tiene fichado.

—¡Por aquí, Pacorro! ¡Rápido! ¡Sígueme! —Miko gritó en susurros para que nadie le oyera.

—¿Tú donde vas? ¡Quieto parao! Mira la pizarra

—Don Panchisco le sonrió afable.

Es verdad, la pizarra. Ahí estaba proyectado un plano de la clase con el sitio de cada uno. Rápi-

damente, Miko reconoció la situación, que tenía una buena y una mala noticia.

La buena: Miko estaba junto a la ventana.

La mala: Pacorro estaba en el otro extremo, junto al ropero.

Bueno. Con cierta melancolía, Miko buscó a Pacorro con la mirada, y ambos pusieron la cara de pato, con los labios apretados. Era la cara que siempre ponían cuando las cosas salían mal.

Cara de pato.

Los mayores decían: a mal tiempo, buena cara. Ellos decían: a mal tiempo, cara de pato.

Así que este iba a ser su sitio. Esta iba a ser la perspectiva desde la que iba a poder contemplar la vida durante aquel interminable año de cuarto de primaria que no había forma de que terminara cuando aún ni siquiera había empezado. La pizarra no se veía del todo mal, pensó Miko. A su derecha, podía ver el patio.

—¡El patio! ¡Qué chulo! —Miko no pudo reprimir decirlo en voz alta.

Rápidamente, otros seis alumnos se arremolinaron junto a la ventana a ver lo chulo que era.

—¿Qué pasa? Si no hay nada...

–Ya, pero es mucho más grande –Miko estaba de verdad asombrado.

–No es más grande, hombre. No tienes ni idea

–dijo un desconocido con cara de listillo–. Es que lo estamos viendo desde el primer piso, por eso parece más grande. El año pasado, desde las clases de tercero, se veía desde la planta baja, o sea, a nivel de tierra. Es la perspectiva.

Nivel de tierra. Perspectiva.

No tienes ni idea. Vaya tío más antipático y sabelotodo. Habrá que tenerlo vigilado.

Aunque tenía razón, era el mismo patio, pero parecía mucho más grande desde aquí arriba. Era extraño. En realidad, las baldosas y las papeleras parecían más pequeñas, y, aún así, todo parecía más grande.

Es que ahora eran como más mayores, ya estaban...

¡En cuarto!

### CAPÍTULO 3 ENSALADA DE ENVIDIAS

Las primeras dos horas fueron soportables.

Don Panchisco no le pareció del todo mal. Se ponía serio, pero hablaba bajo, con una voz que parecía profunda, aunque no lo era. Y parecía majo. Al menos, no le ponía nervioso. Lo que sí que le ponía nervioso era otra cosa, un estuche, para ser más exactos, que estaba en la mesa del compañero.

Un estuche, sí, pero ¡vaya estuche!

Aquello era más bien una nave espacial. Era blanco, pero un blanco impoluto, no como el suyo. Él llevaba con el mismo desde primero de primaria, y aunque era también blanco, con el escudo redondo de su equipo preferido en el medio, ya quedaba poco del blanco original. Con